

DE CAVITE A SANTIAGO

José BLANCO NUÑEZ
Capitán de Fragata

Cuando recibí el encargo de abrir este ciclo de conferencias sobre el amargo desastre que sufrimos al finalizar el siglo precedente, sentí, y lo digo aunque me tachen de cursi, una fuerte emoción pues no en balde fui educado por un superviviente del Combate de Cavite, un superviviente que como todos los de su generación llevó siempre marcada a fuego la tristeza y la amargura de la derrota y la humillación.

Para contar algo siempre hay que apoyarse en los antecedentes y lo más difícil es definir el principio, el cero del eje de los tiempos desde donde arrancar la curva de la Historia, yo, para lo de Cavite lo he fijado en el año final del siglo antepasado, cuando la Escuadra del mando de Don Ignacio María de Alava acudió desde las costas hispanas del Pacífico en socorro del Archipiélago filipino cuando la guerra de 1796 con Inglaterra.

Durante la permanencia de esa Escuadra en Filipinas se creó el Apostadero y se trasladó el arsenalillo de San Blas de California al carenero de las Naos de Acapulco ubicado en Cavite, al pie del Castillo de San Felipe, el traslado se hizo a bordo de la Fragata Ntra. Sra. de Aránzazu en 1799. Al llegar la paz con Inglaterra se retiró la Escuadra elevando el Almirante Alava un informe que entre otras cosas decía:

“No siendo Cavite susceptible de hacerse intomable, no sólo no puede servir de refugio sino que no es posible que haya escuadra en Filipinas mientras Cavite sea el arsenal.”

La Marina nunca aceptó Cavite como base y desde la fecha del informe de Alava clamó continuamente por otra estación naval que no fuese de “invasión” es decir una especie de cabeza de puente o de playa como se dice ahora, con las fortificaciones hacia tierra pues se supone al invasor en posesión del dominio del mar, hasta tal punto es así que cuando ocurrió la revolución de la infantería indígena que guarnecía el Fuerte de San Felipe en 1892, se dio el asalto por el arsenal como punto más débil de la fortaleza. A mayor abundamiento, hay que señalar que Cavite se fundó sobre una isla, hasta que el Tcol. Oraa construyó el istmo de Dalahican entre 1855 y 1859, por lo tanto Cavite era nada más que un reducto contra los levantiscos indígenas y no defensa contra enemigo que viniese del mar.

En 1882 el erudito CN. Concas, defensor que fue más tarde de Don Patricio Montojo en el inicuo Consejo de Guerra que condenó al Almirante en Madrid, y que en Santiago era el Capitán de Bandera de Cervera y Jefe de Estado Mayor de su Escuadra al morir Bustamante, decía en el número de agosto de ese año de la Revista General de Marina: “Bajo el punto de vista militar, Cavite es un absurdo... situado en el fondo de una bahía, cuyas bocas, una de 9.700 m. de ancho y 72 de fondo, no son defendibles ni con artillería ni

con torpedos, y que una vez bloqueadas convierten el puerto de refugio en horrible ratonera. El arsenal está en el glasis y a vanguardia de los fuertes, impidiendo los fuegos de éstos y recibiendo directamente y sin defensa alguna los del enemigo; y finalmente, los buques de más de 18 pies de calado tienen que quedar a diez cables del arsenal, sin protección alguna de la fortaleza. En Cavite nos espera un desastre en la primera ocasión y ciertamente que no se podrá jamás hacer cargo a la Armada, a la que se tiene por fuerza encadenada al antiguo carenero de galeones.”

La Marina desde mediados del siglo quería a Subig como puerto militar, hizo grandes esfuerzos para ello el Almirante Antequera cuando fue Ministro, al cual la nefasta escuela de los que veían en ello una pérdida de poder para la Capital: Manila, recriminaban así en 1891: “Este Almirante, merced a su notoria autoridad, fundó escuela; más aún, consagró dogma la sustitución del arsenal de Cavite por otro levantado en Olongapo (Subig) padeciendo de la mejor buena fe a no dudarlo lamentables equivocaciones en la apreciación y espejismos por ilusiones a todas luces irrealizables...”

Así se expresaba el CF. Don Arturo Garin y Sociats Jefe de la comisión hidrográfica en Filipinas y Comandante del “Argos” en su libro *Subig, Cavite y Olongapo*.

Pero no estaba equivocado el Almirante Antequera, ni tampoco el Marqués de Estella que en magna junta por él presidida, cuando era Gobernador del Archipiélago en 1880, acordó la imposibilidad de defender Manila y se expresó la imperiosa necesidad de hacer de Subig el puerto militar en que poder basar la defensa de las Islas. Se acordó unirlo con Manila por ferrocarril, pues así los trasatlánticos podían desembarcar el pasaje y la carga en dicho puerto ya que el de Manila sólo calaba cuatro metros, e incluso se pensó en convertir en el futuro a Subig en capital del Archipiélago.

Para ello el Gobernador General dispuso separar dos millones ochocientos mil pesos, reservados en dinero constante, para la creación del puerto militar como consta en Acta del Senado de 11 de junio de 1898.

Pero, relevado Primo de Rivera se fue al garete el proyecto Subig, quizás siguiendo la ley número uno de la Marina que enunciaba así uno de mis Jefes: “todo lo que hizo el anterior está mal hecho”. Los prepotentes habitantes de Manila, la perla de oriente la llamaban nuestros oficiales de marina del siglo pasado, que junto con los de La Habana fueron, según Concas, los mayores responsables de la pérdida de los restos del Imperio por sus provincianos egoísmos, se quedaron de lo más satisfechos.

El derrotero de Filipinas del CF. Arana, Dirección de Hidrografía, Madrid 1879, precio 8 pesetas, nos hace ver el por qué de la preferencia naval sobre Subig, dice: “Esta Bahía se interna hacia el Norte 7 millas, siendo su ancho medio de 3 millas y forma dos puertos excelentes; uno al Nor-Oeste, llamado Ensenada de Caguan y otro en la costa E., llamado Seno de Olanopo. Los buques de todos los tamaños pueden anclar en el primero, fondeando entre 12 y 18 m. de fango, resguardados de todos los vientos... El fondeadero de

Olanopo, es tan obligado y seguro, que es el que con preferencia deben tomar los buques que entran con averías o huyendo de algún baguío.”

A pesar de los pesares la Marina, fundándose en el Acta de la Junta de 1880, comenzó a preocuparse en su nuevo Arsenal de Subig y encargó un dique flotante de 12.000 tns. en Inglaterra, que se puso a la venta en dicha nación cuando ya, desgraciadamente, no nos servía para nada, pues todo lo habíamos perdido. Los trabajos para montarlo en Subig estaban en marcha cuando se declaró la guerra. Del puerto militar, nada se había hecho cuando llegó la declaración de guerra. Decía Concas en la Defensa de Montojo: “Casi un siglo había pasado desde que se pidió, 47 años desde que se trató oficialmente y 17 desde que estuvo el dinero separado para hacerlo”, y Filipinas seguía siendo la única colonia del mundo sin puerto militar.

Como nadie prepara la invasión de algo sin antes disponer de fuerzas superiores, o que él estime al menos que lo son, como no teníamos base, los pobres buques que allí manteníamos, nada más que pudieron servir de blanco del Comodoro Dewey.

Excuso decirles que en cuanto los americanos se hicieron cargo de la administración del archipiélago filipino, hicieron la gran base naval de Subig Bay, que todavía hoy continúa en sus manos, tras paréntesis nipón, y quizás sea la principal de las que mantienen en oriente.

Pero volvamos a los prolegómenos del combate de Cavite, exactamente al 15 de Marzo de 1898, es decir, al mes siguiente justo de la voladura del Maine y 36 días antes de la declaración de guerra con los Estados Unidos de América. Ese día se enviaron a Subig 4 cañones de 15 cm., modelo 1885, modelo anticuado, pues sus 510 m. de velocidad inicial no podían competir con los 760 de las piezas de tiro rápido de 5 pulgadas que montaban los buques yankees.

En cuanto a la instalación de estos cañones surgió una fuerte controversia entre los mandos del Ejército y la Armada, que salió más tarde a relucir en el penoso proceso al Almirante Montojo. El caso es que, según declaró el General de Ingenieros Rizzo: “Se acopiaron materiales y quedó la Marina en facilitar los que tuviese en Olongapo, fue preciso hacer desmontes en Isla Grande, construir los macizos con hormigón hidráulico, que habían de sujetar las grandes bases de piezas, y formar espaldones para cubrir a los defensores, así como preparar alojamientos; no hubo tiempo, hasta la presentación de la Escuadra enemiga de terminar las obras más indispensables, para poder colocar y servir las piezas expresadas, ni tiempo para que, aun terminadas dichos macizos, quedasen consolidadas para resistir el retroceso de las piezas.”

Así nos pilló la guerra en la mejor Bahía que teníamos en el Archipiélago.

DISPOSICIONES PARA EL COMBATE

Cuando se reunió, tras la declaración de guerra, la Junta de Autoridades del Archipiélago (21 de abril), el Almirante Montojo quedó encargado de cerrar la

boca chica de Subig, con buques echados a pique y de cerrar con torpedos (hoy minas) la boca grande de Subig, contando dicho Almirante con que se las enviarían a la Metrópoli.

Recuerdo que mi abuelo nos contaba que para tratar de hacer detonadores de fortuna para ciertas rudimentarias minas hechas en Cavite, estuvieron buscando por toda Manila un boticario que les fabricara Fulminato de Mercurio, pero fracasaron en su intento.

Ahora bien ¿cuántas minas necesitaba el Almirante? considerando que una mina cubría un espacio lineal de 12 metros, como la boca a defender tenía dos mil, necesitaría al menos 167, al final, por diversas causas, sólo pudo fondear cinco.

Viendo D. Patricio la que se le venía encima reiteró los pedidos de todo tipo que tenía hechos y tanta lata dio a Madrid que por fin el Ministro le puso un cable que decía: “siento no poder mandar recursos”.

El 20 de enero de 1898, nuestro Agregado Naval en Washington avisaba que de declararse la guerra lo primero que se atacaría sería Las Filipinas y reseñaban todos los buques yanquis desplegados en el Pacífico, por tanto todos sabían lo que se avecinaba aunque como este humilde conferenciante decía hace poco en el número de la Revista de Historia Naval dedicado al Almirante Antequera, desde hacía muchas décadas todos veían inevitable la guerra con los Estados Unidos, que tres veces en el siglo nos habían intentado comprar la isla de Cuba, la primera en 1812.

Dos días antes de la declaración de guerra el Ministro comunicó al Almirante Montojo el envío de 70 torpedos Bustamante, que no pasaron de Suez, y el de los cañones Armstrong desmontados de la gloriosa “Numancia” y de la “Victoria” los cuales no llegaron a salir de Cartagena...

Ese mismo día Montojo comunicaba a Madrid: ‘tengo para combatir el ‘Reina Cristina’, ‘Austria’, ‘Isla de Luzon’ e ‘Isla de Cuba’ ’, en total disponía de 6.769 toneladas de material casi inservible por lo anticuado. Fíjense que sólo faltaban ocho años para el nacimiento del “Drednaught” y ya se sabía en el mundo lo que debía ser un acorazado.

Para resumir la opinión que a los profesionales merecía la llamada Escuadra Montojo basta lo que decía Don Pascual Cervera en carta al Ministro de fecha 7 de marzo del 98: “nunca he pensado en las fuerzas que los Estados Unidos tienen en el Pacífico y en Asia para el desarrollo de los sucesos en las Antillas; pero siempre he visto en ellos un gran peligro para nuestras Filipinas, que no tienen fuerzas que oponerles ni aun parecidas como una sombra”.

En la colección de documentos referentes a la escuadra de operaciones de las Antillas, ordenado por el Almirante Cervera y reeditados con sumo acierto por la Editorial Naval en 1976 podemos apreciar el juicio de la situación hecho por el ya mencionado CN. Concas: “las fuerzas navales de los Estados Unidos son suficientes para atacarnos en las Antillas, en la Península y sus islas y en Filipinas y puesto que no se ha atendido a aquel Archipiélago, que era quizás lo más urgente...”.

Esto lo dijo en el famoso consejo de guerra celebrado en el “Colón”, en Cabo Verde, el 20 de abril de 1898 y en ese mismo documento criticaba la decisión de dividir la poca fuerza que teníamos pues: “... hoy todo lo que sea dividir nuestras fuerzas, siendo, como son, tan contadas y apartarse de los mares de Europa, envuelve un error estratégico, que traía la guerra a la Península, con un desastre espantoso en nuestras costas, pago de enormes rescates y quizás pérdida de alguna isla”.

Con lo cual está criticando el gran error de la formación de la tardía e inútil Escuadra Cámara que incomprensiblemente zarpó de Cádiz el 16 de junio, mes y medio más tarde en Cavite. La opinión de Concas coincide en todo con la del tantas veces citado, estudiado y a veces aburrido “perdónenme”, CN. Alfredo Mahan, de la Marina enemiga, que dejó escrito en 1899 lo siguiente: “las deficiencias de las defensas de costas repercuten desfavorablemente sobre la escuadra de combate que debe estar desembarazada de toda responsabilidad relacionada directamente con la defensa propiamente dicha de los puertos que abandona... Así cupo a España obligar a toda nuestra escuadra de combate al abandono de su ofensiva contra Cuba reduciéndola al papel defensivo de nuestras costas. Si Cervera en vez de ser enviado a las Antillas se le hubiese hecho retroceder (como se hizo el 12 de mayo y se anuló el 19 sin que él se enterase) refonzándolo con los dos acorazados de Cámara, el arribo de este núcleo compacto nos hubiera obligado a desconcentrar nuestra escuadra... pues cada una de nuestras divisiones era demasiado débil para aventurarse a un combate con los seis buques enemigos”.

Sobre esto volveremos más tarde pero queda señalado este gran error estratégico por todos reconocido incluso a “priori”.

Cuando estalló la guerra, guerra que se quiso resolver con beneficencia pública ¡tan mal estábamos!, pues el 31 de marzo se hizo una función en el Teatro Real de Madrid para recaudar fondos para el fomento de la Marina y ¡pásmense!, produjo más de seiscientos mil pesetas (mil millones de ahora); otra que se había verificado en La Habana el 21 del mismo mes había llegado a doscientas diez mil pesetas... total que se quería un rearme naval como quien monta un orfanato, cuando llegó la guerra decíamos, llegó la hora de salir de Cavite, que todos sabían indefenso y el 25 de abril el almirante Montojo zarpa para Subig telegrafando “salgo esta noche con escuadra para Subig. Mis subordinados y yo procuraremos corresponder a las aspiraciones de la patria”.

Llegados a su destino y viendo el atraso del montaje de la artillería que ya comentamos se resolvió en Junta de Jefes que era insostenible aquella posición y que no había más recurso que sufrir el combate en la bahía de Manila.

En este traslado a Cavite surgen celos de competencia del Capitán General, recién llegado a su puesto, con la autoridad de Marina, por haberse esta última entendido con el Ministro sin consulta previa con el citado Capitán General, General Agustín, hasta los momentos más graves nos quemamos en disputas internas.

Al salir de Subig podía haberse intentado una figura de “Fleet in being”

escondiéndose en algún río o en los arrecifes del sur, obligando al enemigo a buscarla en sitio tan apartado de sus comunicaciones habituales, y no ofreciéndoles el combate sino en condiciones de que no pudiera ser nunca decisivo, pero el Almirante Montojo dejó escrito: "No podía abandonar la bahía de Manila con la Escuadra sin oponerme directamente a la idea que el Excmo. Sr. Teniente General Agustín tenía sobre el particular."

El regreso a Manila produjo gran alarma al vecindario transformado en críticas al Almirante por el miedo, más bien el pánico a la escuadra enemiga. Una vez allí había dos alternativas, apoyarse en Manila o en Cavite. Se escogió la segunda como es lógico y en consecuencia con lo que dijimos al principio pues también para los americanos Cavite era la perfecta cabeza de puente para la futura invasión.

Para el combate dispuso el Almirante los buques acoderados y con todas sus amarras avalizadas, con objeto de aprovechar los cañones del "Castilla" y el "Ulloa" que estaban de pontones y por tanto sin movimiento, pero cuyos cañones, sobre todo los del primero aún tenían cierto valor combativo. Al disponerlos así, para ponerse en movimiento, como lo hizo gallardamente el "Cristina", no tenían más que picar las bozas y salir avante. Se apoyaba también en los dos cañones montados en Punta Sanglei y el dispositivo cerrado sobre dicha bahía obligaba al enemigo a utilizar una sola banda de su artillería, pues de haberlo dejado interponerse podía usar una contra tierra y otra contra los barcos.

Y llegó el combate y nadie tan autorizado como el Almirante Colomb, maestro de estrategias para sintetizarlo: "Dewey se colocó a tal distancia, que ni buques ni baterías pudieron hacer una contestación adecuada a su fuego, ejecutado con cruel frialdad a modo del que ejecuta un negocio simple, y por el lado español una parada patética de quijotesco valor."

Como nuestros cañones no tenían galleta plástica todavía, al cuarto o quinto disparo había que abrir los cierres a mandarriazos.

En el parte oficial de Dewey puede leerse lo siguiente: "A 0700 el buque Almirante 'Cristina' hizo un esfuerzo desesperado para salir de la línea y combatir a corta distancia pero fue recibido con tan tremendo fuego que a duras penas si pudo volver a abrigarse de la punta. Entonces estallaron los dos incendios en dicho buque que no pudieron ser apagados hasta que se fue a pique."

"A las 0735 hubo una parada en el combate debido al informe que recibió Dewey de que no le quedaban más que 15 disparos por cañón de 15 cm. Tras recontar la munición y disimular la parada dando de comer a la gente volvieron a la carga destruyendo todo lo que quedaba a flote y el arsenal."

No merece la pena pararse más en este tiro al blanco, tan bochornoso por la dejadez que supone el haber mantenido tan rica y antigua colonia con tan pobre defensa, permítanme una última anécdota familiar: Hace años tuve ocasión de leer una carta del entonces TN. don José Núñez Quijano, ayudante del Almirante Montojo en el combate, carta por desgracia desaparecida o al menos por mí no encontrada, la escribía desde el cautiverio de Manila y relataba el

combate, al final, más o menos, decía: “Ya nos hemos enterado de que en Madrid las turbas han arrastrado por las calles a Bermejo y Auñón” (Ministros responsables), arrastre que él achacaba a no haber atendido dichos almirantes los requerimientos de defensa que hacían ellos desde Manila. Pero en Madrid nadie arrastró a nadie, muerto el perro se terminó la rabia y cuando los trasatlánticos desembarcaban a los pobres vencidos en Barcelona o Santander casi todo el mundo estaba en los toros, afrenta que llevaron grabada hasta su muerte los sufridos combatientes del 98. Auñón fue Ministro hasta el 3 de marzo de 1899.

Al Almirante Montojo, más tarde, le hicieron cargos contra todo y sobre todo con crueldad despiadada por haber abandonado el combate a la vista del enemigo pero esa historia sería muy larga de contar ahora.

Entre las fechas de Cavite y la de Santiago hubo varias escaramuzas de nuestros patrulleros y cañoneros algunas de las cuales revistieron notables éxitos. Antes de Cavite, precisamente el 23 de abril, la lancha “Ligera” montada por el Teniente de Navío Rendón batió al “Cushing” en Cárdenas que fue la primera acción de guerra y el “Elcano” apresó en Ilo-Ilo a la fragata “Savanah” repleta de carbón.

De los combates entre Cavite y Santiago destacaron los del “Isabel II” (CF. Boado) y cazatorpederos “Terror” que se batieron durante tres horas en aguas de Puerto Rico contra el crucero americano “Saint Paul” superior a ellos en fuerza y que bloqueaba Puerto Rico. También el TN. Carranza con el cañonero “Diego Velázquez” hizo retirar a un crucero auxiliar enemigo que vigilaba Cienfuegos. El mismo “Isabel II” y el “Concha” se batieron brillantemente contra el “Josemite” para librar al trasatlántico “Antonio López” de sus garras, lo cual consiguieron tras cuatro días de combate. Y pasemos ahora a lo de Cuba.

En el vía crucis dolorosísimo de Don Pascual Cervera hacia el Gólgota cubano distinguiremos las estaciones siguientes: Cabo Verde, Martinica, Curasao, Santiago y el Combate. cinco estaciones en las cuales la angustia de unos oficiales que ven que lo que se les ordena va contra todos los principios de la guerra y que sienten la rebeldía aflorar a sus mentes aunque al final se imponen una férrea disciplina y aceptan el martirio hasta el punto de que hasta Santiago y Cavite se aceptaba la rendición ante la desproporción notoria de fuerzas y tras estos combates pasó a ser inaceptable en cualquier caso.

CABO VERDE

Es obligado, y así lo marca la doctrina, concentrar la fuerza antes de empezar a operar pero ¿por qué se escogió Cabo Verde y no Canarias? Es incomprendible ni lo entendían los jefes de la Escuadra Cervera ni lo entendemos ahora como tampoco entendemos, y ya lo dijimos, por qué se excluyó de la concentración al “Pelayo” y al “Carlos V”. En Cabo Verde junta de guerra en

su víspera, el voto particular del CN. Concas elude todo comentario. Algunos proyectan regresar violentamente a España pero uno de los comandantes, perfecto conocedor de la realidad española del momento, dice: "... sobre castigados, seríamos escarnecidos, sin que nadie llegase jamás a comprender ni lo sublime del sacrificio ni lo heroico de la resolución".

Cuando el Ministro recibe en Madrid el acta de la junta, reúne otra del almirantazgo compuesta de todos los Oficiales Generales residentes en Madrid en activo o retirados, se les avisa urgentemente y sin tiempo para que reflexionen, se les hace votar a toda prisa, sólo cuatro se oponen a la salida para las Antillas y de ellos dos angustiados por la situación hacen labor de zapa ante personalidades del gobierno para impedir la catástrofe, fracasan. Concas responsabiliza, sin citar el nombre, a Auñón del cual dice que como premio a su complaciente voto con el deseo del gobierno, se le nombra Ministro a los pocos días. Si ven el escalafón verán que Don Ramón era el más moderno de los contralmirantes de la junta y que en ese momento era diputado a Cortes, por eso el único insulto encubierto que le dedican sus compañeros es el de: político. Políticos quizás lo eran también los dos vices retirados exministros, a saber, Valcárcel y Beranger.

La edad media de esta junta era la de 68 años, 65 los de activo y 74 los de reserva, eran los tiempos en que se decía "te deseo más vida que a un general de Marina", lo consigno porque muchos los acusaron de vetustos y trasnochados y quizá estuviesen en lo cierto.

En estos días surge la figura del otro Trafalgar necesario para abandonar las colonias atribuido por algunos a Cánovas y desmentido rotundamente por Concas que lo había tratado de cerca.

MARTINICA

Si desconcertante fue la salida para el Caribe, la llegada a Martinica lo fue más. El cónsul de España no estaba en la ciudad por no haber sido avisado desde Madrid. La ansiedad de noticias del Almirante sólo la puede calmar las que obtiene Villamil del capitán del "Alicante" Don Antonio Genis que se encontraba en puerto. Villamil, comisionado con el "Furor" para entrar en Fort de France, tiene que escaparse del puerto pues el gobernador no se lo dejaba hacer por cierto vapor americano que había estado dos días antes allí.

CURASAO

Tras Martinica se ofrecen varias alternativas y comienza la angustiada carestía de carbón. Puerto Rico es desechado por no llevar allí la guerra y ser plaza fácil de tomar. La Habana en las bocas del enemigo bien vigilada desde Key Huest, aunque la mejor base antillana parecía imposible de alcanzar.

Curacao donde el Gobierno había prometido carbón parecía lo más adecuado y allí se fueron y fueron por el Sur porque desde antes se sabía la apetencia americana sobre Saint Thomas donde suponían barcos yanquis de estación, la derrota a Curacao sólo alargaba en doscientas millas la llegada a Santiago. Cienfuegos fue rápidamente desechado por ser una verdadera ratonera, más tarde fue solución ante la angustiada escasez de Santiago.

Cuando llegaron a Curacao, holandés, más aliado de los Estados Unidos que nuestro por tanto, el gobernador sólo deja entrar al “Teresa” y al “Vizcaya” durante 48 horas y éstos embarcan 400 toneladas de carbón notoriamente insuficiente para repartir con todos.

SANTIAGO

La llegada a su último destino, o más bien penúltimo no pudo ser más decepcionante, faltaban defensas, municiones, víveres, combustible y las comunicaciones con La Habana en precario.

En Santiago, como puede seguirse muy bien en los documentos del Almirante Cervera, se hace patente la obsesión del General Blanco Capitán General de la Isla porque la escuadra se pierda combatiendo. Ante un supuesto terror a cierta supuesta sublevación de población civil y ejército se pide la escuadra sin sentido práctico, se la obliga a entrar y encima se la obliga a inmolarse en aras de esa temida sublevación; por más vueltas que le doy no lo entiendo.

El 26 de mayo se pretende salir y en la junta que al efecto se forma Bustamante y Concas son partidarios de intentarlo pero el Almirante, ante el riesgo de averías en el “Colón” por la opinión que le emite el práctico de puerto, decide cancelarla.

Mientras tanto en Madrid el Ministro del Ejército General Correa dice, en carta al General Blanco, que el Gobierno quiere enviar la Escuadra Cervera a Filipinas que resuelva allí la situación y regrese a Cuba... ¿estarían locos?

El 8 de junio nueva junta en la que la mayoría de los comandantes opinan que lo apropiado es seguir de “fleet in being” contra la opinión de Bustamante que quería aprovechar un novilunio para salir de noche y la de Concas que dice que si se van el “Brooklyn” o el “New York” debe intentarse la salida inmediatamente.

El día 20 de junio el General Blanco solicita el mando sobre la escuadra y lo obtiene “... la independencia de que goza la escuadra Cervera me ha impedido intervenir en sus operaciones...”

El 24 de junio desembarca la marinería al mando del CN. Bustamante Jefe de Estado Mayor, como era preceptivo por las ordenanzas de 1793 que aunque siempre calificadas de sabias en este artículo no lo eran tanto pues privaban al Almirante de su brazo derecho en el momento más delicado.

El 25 de junio Blanco continúa con su idea obsesiva y nada menos que le

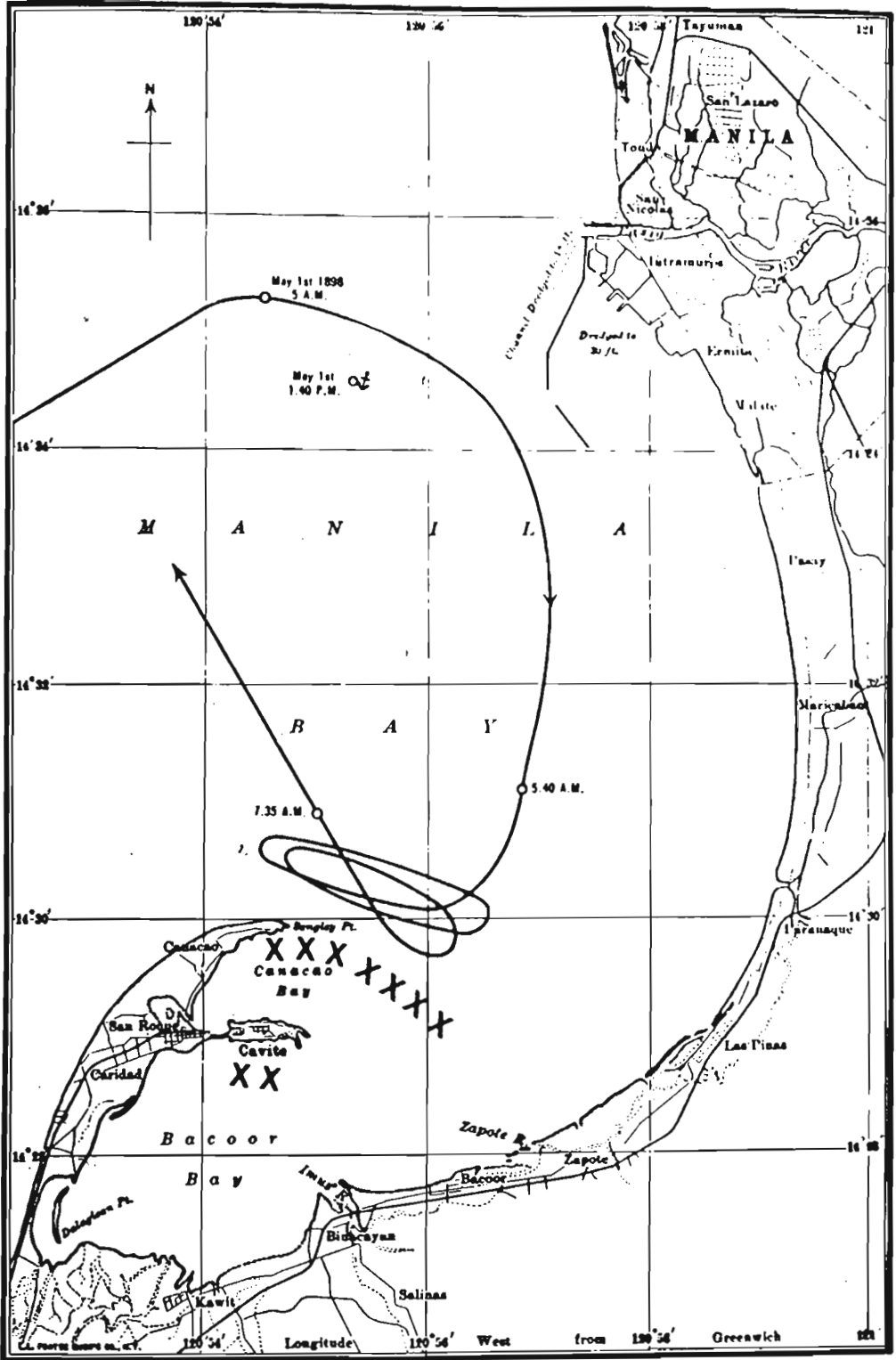
dice al Almirante: “V.E. exagera algo dificultades salida... si perdiésemos escuadra sin combatir, el efecto moral sería horrible dentro y fuera de España”. Al día siguiente le dice que el comandante de un crucero alemán le ha expresado que es posible la salida con la escuadra, imagínense las tribulaciones de Don Pascual Cervera ante tanto desatino.

Una cosa que no trasciende demasiado en los documentos de la escuadra es el por qué no se escogió la noche para salir; el Almirante expresa simplemente que era más peligroso salir de noche que de día por lo cerrado del enemigo durante la primera.

Después viene lo de las Lomas del Caney y San Juan, después viene Shafter desesperado porque no consigue superar a unos hambrientos, enfermos y depauperados soldados por lo que llama desesperadamente a Sampson para que haga algo y el día que Sampson va a conferenciar con Shafter, cuando el Coronel Teddy Roosevelt dice estamos al borde de un descalabro militar inmenso, el Almirante acuciado por los telegramas del General Blanco reembarca a la marinería que había perdido a su jefe en las Lomas de San Juan y tan bien se había portado en tierra y sale en el espeluznante zafarrancho de combate, donde según Concas las cornetas sonaron en la toma de Granada ¡era la señal de que terminaba la historia de cuatro siglos de grandeza y de que España pasaba a ser nación de cuarto orden! ¡Pobre España!

EL COMBATE

De la última estación sólo decir que los barcos intentaron lo imposible porque al menos se salvase alguno y porque los americanos tuviesen bajas. En el gráfico explicaré más o menos lo que pasó.



N

120° 54'

120° 56'

120° 58'

121

14° 36'

May 1st 1898
5 A.M.

May 1st
1:40 P.M.

14° 34'

M A N I L A

14° 32'

B A Y

7:35 A.M.

5:40 A.M.

14° 30'

Canacao
Canacao Bay
XXXXXX

San Roque
Cavite
XX

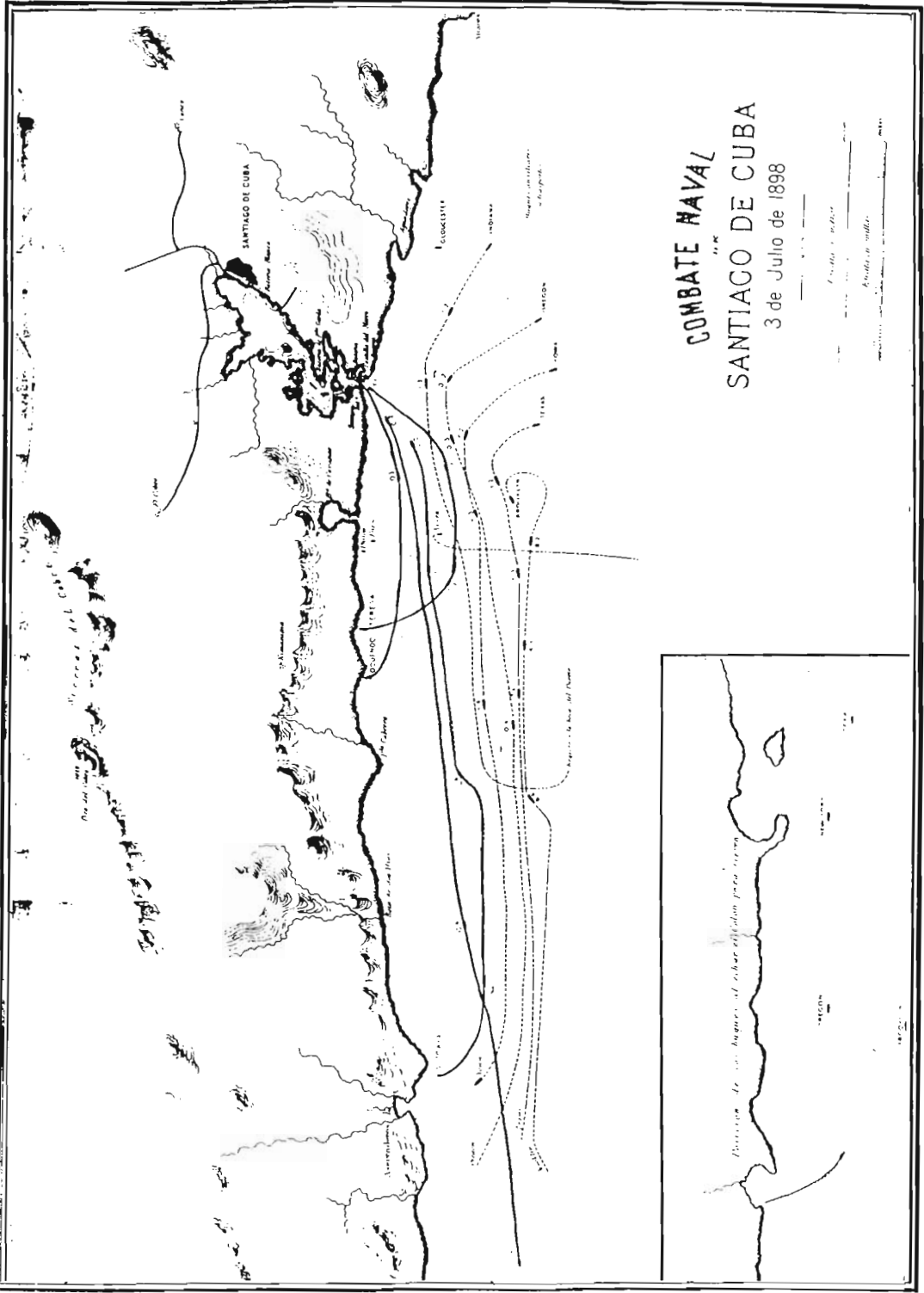
Bacoor Bay

Zapote R.
Bacoor
Zapote

14° 28'

Dalandan Pt.
Bataan
Kawit
Salinas

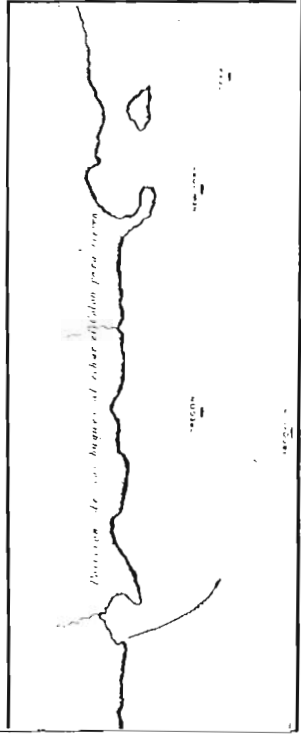
Longitude 120° 54' West from 120° 54' Greenwich 121'

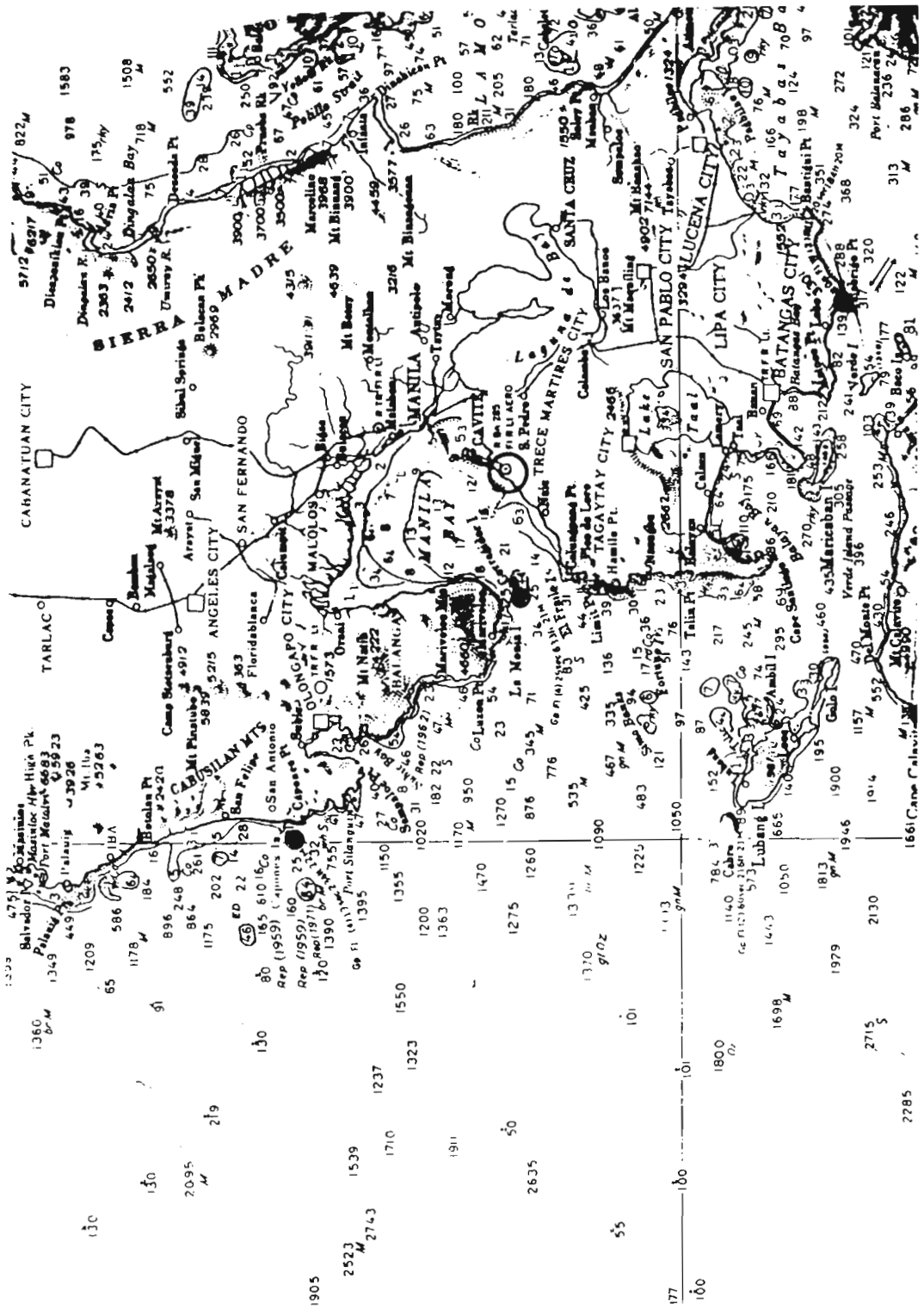


COMBATE NAVAL SANTIAGO DE CUBA

3 de Julio de 1898

Escala: 1:50,000
 Fuente: *Mapa de la Armada Española*





1360
 1349
 1209
 65
 1178
 896
 864
 1175
 202
 1150
 1200
 1363
 1470
 1275
 1260
 1370
 1370
 1370
 1225
 1050
 1050
 1800
 1800
 1443
 1698
 1979
 1813
 1946
 2715
 2785

4751
 4751
 1349
 449
 1209
 586
 1178
 896
 864
 1175
 202
 1150
 1200
 1363
 1470
 1275
 1260
 1370
 1370
 1225
 1050
 1050
 1800
 1800
 1443
 1698
 1979
 1813
 1946
 2715
 2785

1360
 1349
 1209
 65
 1178
 896
 864
 1175
 202
 1150
 1200
 1363
 1470
 1275
 1260
 1370
 1370
 1225
 1050
 1050
 1800
 1800
 1443
 1698
 1979
 1813
 1946
 2715
 2785

1360
 1349
 1209
 65
 1178
 896
 864
 1175
 202
 1150
 1200
 1363
 1470
 1275
 1260
 1370
 1370
 1225
 1050
 1050
 1800
 1800
 1443
 1698
 1979
 1813
 1946
 2715
 2785

1360
 1349
 1209
 65
 1178
 896
 864
 1175
 202
 1150
 1200
 1363
 1470
 1275
 1260
 1370
 1370
 1225
 1050
 1050
 1800
 1800
 1443
 1698
 1979
 1813
 1946
 2715
 2785